

LA MONTAÑA A COLOR

Una tarde muy soleada 3 niños y 1 niña le contaban a su abuela la historia que la profesora le había contado de la vereda donde vivían. Corriendo y sentándose en el solar de la casa inició Salomé contando como al frente en esa montaña llamada Daita, los españoles perseguían a sus ancestros, “los abuelos” decía Salomé que la profesora se refería a los ancestros.

Habían violado sus costumbres, sus derechos, se llevaron sus vidas no solo la riqueza del oro. Y aunque siglos después llegó un libertador y muchos guerreros todavía continúa el saqueo de los gobernantes, los empresarios como los narcotraficantes, los grupos armados, la obligación a coger un arma para defender la guerra, servicio militar, el poder del dinero; la libertad, el libertador no puede quedarse con lo que rescató, la dignidad sigue pisoteada por mentiras de los líderes, necesitamos verdaderos héroes, los que trabajan por alimentos limpios y para todos, la paz de los campos.

La maldad la vemos una región de la Guajira donde habían niños sin escuela, sin comida, sin bebida, había un niño llamado Fernando, huérfano, pero que desde que tiene conciencia ha querido hacer algo por su situación y la de los otros niños de su región. Lo único que recuerda de su familia es la choza donde vive y un perro “sultán”, quien lo acompañó todos los días en su recorrido buscando comida y agua. Fernando era un niño guerrero, un señor vecino le contó que sus padres se enfermaron por no comer, lo que conseguían era para su único hijo Fernando.

Desde que supo eso Fernando, recorre con más ánimo los calurosos desiertos, dos horas y encontraba agua y alimentos. En sus recorridos cuenta de los molinos gigantes donde sacaban la energía eólica, el aire era la fuerza, y hasta lo empujaba a él.

Lo que nunca supo Fernando fue que en otro lado del país el agua, los alimentos y demás recursos eran desperdiciados en grandes cantidades, controlado por multinacionales, por familias del bien común; ni la mínima idea tenían que en la Guajira la gente moría de hambre y sed.

Fernando después de dos horas de camino, el fuerte sol y los fuertes vientos que quemaba su piel minuto a minuto, a pesar de sus mantas, llegaba a la aldea de los Wayú, allí enviaban agua y alimentos, allí era un sitio de paz. La familia de Fernando era la aldea indígena donde todos unidos hacemos un vivir digno lleno de amor y paz.

Esta historia fue contada Esa tarde a las 5 que empieza el momento de decepción, es la hora de dejar las labores del campo, la alegría y la tristeza se la lleva cada uno.

El contador de historias saca del bolsillo unos papeles y cuenta que lo escribió hace 10 años, ese capítulo lo marcó, ahora solo desea que su palabra nos mueva el corazón, paso a paso, persona por persona, todos cambiaremos la historia de derramar sangre por el capricho de algunos:

Cuando tenía 6 años mi familia y yo, vivíamos en una zona apartada de la ciudad, la cual estaba prácticamente deshabitada, era vulnerable, era peligrosa, muchos grupos armados alrededor.

Mi padre trabajaba en una mina que estaba lejos de la casa, en su trabajo era explotado, lo que ganaba no era justo con lo que realizaba.

Un rato después que mi padre llegaba del trabajo, estaba toda la familia, unos señores armados se identificaron como las “Farc”, abordaron nuestra vivienda unos 10 hombres y se llevaron a mi hermano mayor luego de preguntar quién más se encontraba en la casa. Mi padre ofreció su integridad voluntariamente por la libertad de mi hermano, no lo aceptaron, mi padre es un hombre viejo y algo enfermo.

Mi familia y yo llorando lo vimos partir.

Mi padre alcanzó a decirle que lo encontraría para que no se alejara del amor y la seguridad que siempre habíamos tenido.

El desespero de mi padre lo llevó a las autoridades, pero ellos como siempre no acudieron al aviso.

Tres años después, un día inesperado, era mi cumpleaños, mis primeros 9 años; mis padres me dieron la noticia que por fin nos mudaríamos a un lugar más seguro, me dio mucha alegría pero a la vez un vacío, si nos alejábamos de ese lugar mi hermano no nos iba a encontrar nunca.

La inseguridad era muy grande, mi padre no quiso esperar más, la violencia se incrementaba y temía por mi mamá y por mí.

Dos días después abandonamos la casa, nos mudamos a la ciudad. Al poco tiempo recorríamos la ciudad, nunca pensamos la sorpresa que nos llevaríamos pues olvidamos

el camino de regreso, cruzamos por un callejón, allí estaba mi hermano, solo, nos acercamos lo cogimos y lo llevamos con nosotros.

Era tal la sorpresa que el camino volvió a aparecer sin darnos cuenta, mientras caminábamos mi hermano nos empezó a contar que había escapado, corrió, se golpeó y buscó su libertad.

Estaba feliz por verlos, eso decía, pero algo de melancolía por tener que luchar tanto por volver a estar cerca su familia, es injusto que la gente tenga que hacer eso para que podamos vivir dignamente. Es injusto que las autoridades no hayan hecho nada, seamos uno más del pueblo, mientras firman una paz los ricos, de parte y parte, y nosotros solo sumamos o restamos, invisibles por el dolor y daño, la paz es la libertad de amar, amarme y amar a mi familia.

Al otro día era paseo a la quebrada, el agua refresca la mente no solo el cuerpo, al devolverse a la montaña donde estaban las casas, se escalaba por un lado, eso daba fuerza y se perdía el miedo, lo mejor es conocer donde se vive. Desde la cima donde se llegaba al escalar, se miraba el infinito, montañas y montañas que tocaban el cielo. Ese fue el comienzo de pensarse la región en paz, donde la vida sea libre, volver a sembrar, cuidar la semilla, convertir el tiempo en un aliado, aportar con mi vida al amor de este mundo sin guerra.